

RESEÑA

Porcentaje de similitud: 8%

# La filosofía y el reto de la Educación Latinoamericana

Por María M. Tamanaja Ykehara

Docente de Gramática y Griego. Facultad de Teología.  
Universidad Seminario Evangélico de Lima

## Referencias

El Dr. Leopoldo Arteaga Ramírez, es el autor del artículo reseñado con dedicación en gran parte de su vida y tiempo a la docencia y a la investigación. Las líneas de investigación que lo ocupan están relacionadas a varios campos: Filosofía y ciencia, Ética y Filosofía política y Filosofía de la Educación. Siendo él Doctor en Educación (USMP) y Maestro en Filosofía (UNMSM), ha presentado el artículo el cual ha sido publicado en *IXTLI – Revista Latinoamericana de Filosofía de la Educación* (volumen 1, número 2, 2014, pp.175-186), el mismo que también se halla en el portal Dialnet, proyecto bibliotecario de la Universidad de La Rioja.

Como filósofo, Arteaga reflexiona en torno a la función social de la filosofía, función que con urgencia debe adoptar, frente al fin contemplativo de la filosofía académica que, al decir de Mario Bunge, resultaba ser “ajena a los problemas del mundo”. El reto que se plantea, según el autor, es la construcción de una filosofía emergente desde la perspectiva latinoamericana. Es así que, emerge también la reflexión crítica bajo un enfoque multidisciplinar que le permita comprender e interpretar la realidad del mundo en general, y la realidad educativa en particular, a fin de incidir positivamente sobre ella.

En una primera parte de su artículo, se realiza una aproximación general a la educación latinoamericana. Luego, explica cómo son los estados nacionales –comunidades propias- de América Latina y sus concepciones de educación, de sistemas y de reformas educativas. Finalmente, el autor hace referencia al rol de la filosofía actual como agente protagónico de elaboración y cambio de políticas educativas.

Una reflexión valiosa que se desprende del artículo es observar la contradicción que se vive en muchos países de América Latina: el crecimiento económico no marcha

a la par del desarrollo humano. A pesar de que se vive en tiempos de notable crecimiento tecnológico y económico, también se está en medio de una sociedad de consumo, inmediatesta, individualista, que pone por encima del valor de la persona humana, los valores de la competitividad y rentabilidad.

Se plantea en el artículo, que, para los poderes hegemónicos de hoy, el crecimiento económico es sinónimo de desarrollo, de modo que si crece el PBI y la Renta per Cápita Nacional, se piensa que, efectivamente, se da el desarrollo en un determinado país. Es así que al ser humano se le ve como un insumo y no como un fin en sí mismo, como ser racional dotado de dignidad personal y de potencialidades únicas. Por eso, se hace necesario que hoy se defina a la educación de un país, no en términos del crecimiento económico, sino en términos más amplios, desde la perspectiva del desarrollo humano y cuanto ello implique: acceso a la salud, a la educación, al agua potable, a la alimentación, a escenarios de igualdad de oportunidades, al sentido de justicia y equidad existentes, etc.

El autor considera que somos comunidades que por mucho tiempo han estado sometidas a la cultura occidental, cuyos Estados –sirviendo a intereses particulares- han impuesto un sistema educativo desconectado de la realidad territorial y cultural. Han sido las potencias hegemónicas las que marcaban la pauta en términos del sistema educativo y las políticas educativas han estado dirigidas por Estados que han tenido a los intereses personales como una prioridad. Como resultado de sus gestiones, se tiene una educación pública de baja calidad, altas tasas de fracaso estudiantil, una pobre formación y actualización docente, etc. Se hicieron intentos de reforma educativa, pero sin alcanzar el objetivo: articular el aprendizaje con la formación integral de la persona. Se requiere

la visión de largo plazo como política de Estado para poner fin al cortoplacismo y a políticas improvisadas, inmediatistas, las que a su vez generan más pobreza y miseria.

Lo contradictorio de todo es –según se plantea en el artículo–, que los gobiernos exaltan los valores tecnológicos y minimizan las humanidades, el arte y la reflexión filosófica. Lo que se promueve es una educación para el desarrollo económico, quedando de lado la educación humanizadora, capaz de formar mejores personas.

Arteaga discute el rol de la filosofía ante la complejidad de la problemática actual. La propuesta es construir una “filosofía emergente”, a partir de concepciones interpretativas de nuestro propio continente. En este sentido, la filosofía, recogiendo el aporte de todas las ciencias (y constituyéndose en un saber multidimensional), puede construir nuevos conocimientos y plantear soluciones y compromisos de cambio para configurar de manera activa, un futuro propio y esperanzador.

Para Arteaga, la tarea del filósofo ya no ha de ser meramente contemplativa, sino que asume una función social, cuya prioridad es la acción sobre la contemplación. El filósofo actual debe integrarse al estudio de la comprensión de la problemática actual de América Latina y plantear soluciones concretas, específicas e integradoras. Respecto de la educación, el filósofo tiene la tarea de pensar en la naturaleza, el rol y los fines de los sistemas educativos, a fin de incidir en la elaboración de políticas educativas que persigan la formación de una sociedad justa y auténticamente democrática.

## Comentarios

La lectura del presente artículo nos ubica en la perspectiva correcta a partir de la cual podemos reflexionar acerca de nuestro mundo, nuestra problemática y acerca de la educación en nuestro país. Es fundamental, mantener esta perspectiva y ser conscientes de que somos parte de una zona emergente del mundo. Somos parte de un continente con diversidad cultural, étnica y con riquezas naturales, que fue por muchos años instrumentalizado por las grandes potencias para servir a sus fines, y que viene experimentando un crecimiento desordenado en población y en todo sentido. La lectura nos hace ver que debemos mirar el mundo con los ojos de Latinoamérica, con sus problemas y contradicciones.

Es cierto que hay un fuerte sentido de insatisfacción de la ciudadanía en el tema educativo. Y es lamentable que, de hecho, las brechas y desigualdades entre los sectores sociales se vayan acentuando. La educación de calidad se ha

vuelto privilegio de unos pocos. Esto hace que se perpetúen modelos sociales, familiares e institucionales y mentalidades con perspectivas sesgadas que no aportarán ni al desarrollo del país, ni a la formación de mejores seres humanos. A esto se suma, la tendencia de preferir las carreras técnicas, las que promueven y enfatizan la producción en el mercado con la consecuente eliminación de asignaturas de humanidades en las currículas universitarias. Parece ser un proceso que no se puede detener, así que es todo un reto influir como educadores, desde nuestros humildes espacios, en los modos de pensar de nuestros estudiantes, a través de una educación, como proponía Freire, concientizadora, dialógica, transformadora. Un país requiere crecimiento económico sin obviar el desarrollo humano, ya que es el ser humano el fin supremo en sí mismo.

## Conclusión

Para concluir, es acertado sostener que reconocer la procedencia (el saber que somos de América Latina) es un punto de partida valioso para iniciar espacios de diálogo en todos los niveles, y a su vez reconocernos como seres capaces de elaborar una propuesta educativa propia, válida y apropiada para nuestras realidades. El papel de la experiencia en el filósofo es fundamental para esbozar una filosofía de la educación acorde a la realidad peruana y a la vez latinoamericana.

Tal reflexión también se puede extender al quehacer de los teólogos y educadores evangélicos de Perú. En primer lugar, se halla presente la ventaja de tener la posibilidad de conocer, comprender e interpretar la realidad peruana desde una cosmovisión bíblica, bajo el marco de las Sagradas Escrituras. En segundo lugar, está el sentido de pertenencia a un pueblo, es decir, a los teólogos los mueve la pasión y la urgencia a actuar de manera concreta sobre su propia realidad.

La tarea del filósofo es, de cierta manera, análoga a la del teólogo (y, en cierto sentido, también a la del educador), pues cumple un rol activo de análisis y proposición de soluciones viables a determinados problemas concretos, a partir de un enfoque multidisciplinar saludable. No obstante, así como el filósofo no puede abandonar la reflexión filosófica, el teólogo y el educador evangélico inician la labor de transformación de una realidad, a partir de la reflexión teológica de la Biblia. A decir de Freire: “Si solo hay acción, habrá activismo. Y si solo hay reflexión, únicamente habrá verbalismo estéril”.